

El cuerpo y la muerte

Carles Alastuey

“...morir, dormir, nada más, y, con un sueño, decir que acabamos el sufrimiento del corazón y los mil golpes naturales que son herencia de la carne. Esa es una consumación piadosamente deseable: morir, dormir; dormir, quizá soñar: sí, ahí está el tropiezo, pues tiene que preocuparnos qué sueños podrán llegar en ese sueño de muerte, cuando nos hayamos desenredado de este embrollo mortal.”

William Shakespeare. En Hamlet.

«Y si yo temo el morir, esto es porque sé bien lo que voy a perder, y no sé nada de lo que tendré.

Nicolas Malebranche

El edificio de líneas modernas y simples de Alcor [Life Extension Foundation](#) se encuentra en el centro de la soleada ciudad de Scottsdale situada en los mismos límites del desierto de Arizona. Su página web nos propone una visita a sus instalaciones, de las cuales destaca la sala donde se encuentran los Vasos Dewar, los contenedores de brillante metal creados para albergar los cuerpos de los “pacientes” que han confiado su sueño definitivo a la Fundación con la esperanza de que en un futuro indeterminado la ciencia sea capaz de resolver su reanimación y devolverlos a la vida.

El aspecto de la instalación es el de un complejo industrial. Limpio, austero y despersonalizado, dónde puede



observarse en la superficie de los contenedores cilíndricos y de brillante metal el logo de la fundación, como si de una empresa dedicada a la pasteurización de algún producto alimenticio se tratara. Cada contenedor, cada Vaso Dewar, puede albergar el cuerpo completo de cuatro pacientes y la cabeza de otros seis que han decidido solo preservar su cerebro. Su funcionamiento no precisa electricidad. Los cuerpos se encuentran sumergidos en nitrógeno líquido y han sido preservados mediante un tratamiento de congelación en el mismo momento de producirse su fallecimiento. Hoy en día en las instalaciones de Alcor hay alrededor de setenta pacientes, como prefieren nombrar a los cuerpos de las personas que han pagado para verse beneficiados de los cuidados de la Fundación, mientras la tecnología no permita su reanimación con una mínima seguridad.

Las autoridades del estado han tenido que regular su actividad bajo los parámetros de un cementerio, pues aunque se encuentren tratados con la técnica

conocida como criónica, la evidencia es que las personas que se encuentran en los tanques de nitrógeno han muerto. De hecho, no se permite utilizar esta técnica en humanos que no hayan fallecido previamente.

La Criónica (del griego Kryos; frío, helado) es la preservación a baja temperatura de animales o seres humanos que la medicina actual ya no puede mantener con vida. Creo que es importante destacar esta última idea que fundamenta buena parte del discurso de los defensores de esta técnica: “que la medicina actual ya no puede mantener con vida”.

La Ciencia Ficción nos ha familiarizado con los largos viajes en el espacio, dónde buena parte de la tripulación duerme suspendida en algún tipo de solución que les permite recuperar la consciencia poco antes de llegar a su destino en alguna estrella lejana. No están muertos, pero su vida se encuentra suspendida, nos dan a entender, en condiciones parecidas a la criónica. Pero, aunque suene a ciencia ficción, en Estados Unidos existen cuando menos dos instituciones dedicadas a esta ocupación y está previsto que en Rusia se instale una tercera. En el 2011 el gobierno de la Comunidad de Madrid habría negociado la posible instalación de una iniciativa semejante en El Escorial, según anunciaba la Sociedad Iberoamericana de Criogenización, aunque de ser cierto no parece haber prosperado.

La gran familia científica se encuentra dividida entre los detractores de este procedimiento, que prácticamente lo consideran un fraude basándose en la imposibilidad de reconstruir las células, tejidos, etc., que han cesado de funcionar y que pueden haber sufrido el proceso de oxidación que sigue a la muerte, y aquellos que consideran que es simplemente una cuestión de tiempo poseer los conocimientos científicos para poder revertir esos procesos. Los profetas de esta técnica, como por ejemplo Ralph Merkle, médico investigador de la corporación Zyvex, afirma que la muerte, tal y como la conocemos, es en la mayor parte de los casos “Dependencia tecnológica”: se declaran muertas a personas a las que la tecnología actual no puede devolverles la salud.

Para El Doctor Michael West, presidente de Tecnología Celular Avanzada, un experto en clonación de células humanas, la resucitación será posible, tal y como ahora ya es posible recuperar la vida de personas que llevan muertas diez minutos. Cuando el corazón se para, nuestras células siguen vivas, por lo que el proceso puede reproducirse. Para West la muerte no desaparecerá de golpe, pero sí que poco a poco este fenómeno dejará de ser el habitual del ciclo de la vida.

Todas estas afirmaciones pueden parecernos meramente un negocio encubierto o una alucinación de personas con mucho dinero y tiempo que perder, y muy probablemente en

algún caso lo sean, pero cuando se realizan trasplantes de corazón en la actualidad, el órgano trasplantado se conserva a baja temperatura hasta poder ser nuevamente utilizado en otro cuerpo. En las intervenciones de cirugía profunda cerebral, se somete al cerebro del paciente a temperatura de 30° bajo cero a fin de preservar sus funciones. Tal y como decía el brillante escritor de anticipación científica Arthur C. Clarke, “Cualquier *tecnología avanzada no se diferencia de la magia*”.

Llegados a este punto debo aclarar que no pretendo erigirme en defensor de la criónica. No me atrae especialmente pensar en mí mismo suspendido en nitrógeno líquido hasta vete a saber cuándo, pero no puedo evitar preguntarme sobre la muerte y su evidencia hoy en día.

La Ciencia y los avances tecnológicos nos permiten interpelarnos acerca de la muerte desde una perspectiva no resignada en lo que respecta a su irreversibilidad. Evitar nuestro envejecimiento, la decadencia física y mental, son horizontes que empezamos a considerar como viables en un futuro aún no concreto, pero que nos atrevemos a vislumbrar. Preguntémosnos ¿Si fuera posible prolongar nuestra vida unos años más con la calidad de vida que ahora poseemos, accederíamos? ¿Cuántas personas no se dicen a sí mismas: “Tengo un cuerpo de ochenta años pero mi mente sigue siendo la de un joven de veinte años”? Creo que podemos afirmar que una buena parte

de las personas escogería vivir al menos unos años más si su salud física y mental se lo permitiera.



En la mayoría de los casos, morimos a causa del envejecimiento de nuestro ser orgánico, o por causa de una enfermedad. Nuestro cuerpo muere en determinadas circunstancias. En muchas de ellas nuestra mente no se encuentra deteriorada. Aquello que hemos venido llamando nuestra identidad, no ha envejecido o enfermado del mismo modo. Cuando morimos entonces, ¿Qué es lo que muere? ¿Sólo nuestro cuerpo?

Hasta hace muy poco la consideración de la muerte se establecía cuando la persona dejaba de respirar. Aquello que conocíamos como exhalar el “último suspiro”. Tradicionalmente el cese del funcionamiento del corazón y de la actividad pulmonar era los elementos físicos sobre los que se sustentaba el diagnóstico del cese de la vida. Sin duda alguna, estas pruebas eran imprecisas, y

a buen seguro podemos recordar alguna historia en la que algún fallecido había vuelto a la vida súbitamente una vez había sido dado por muerto. De hecho algunos ataúdes se diseñaban con dispositivos para evitar esa contingencia.



En la actualidad sabemos que la posibilidad de que un determinado órgano deje de funcionar no puede ser motivo suficiente para declarar el fallecimiento definitivo de una persona. De hecho, sabemos que nuestros órganos pueden seguir subsistiendo sin disponer de riego sanguíneo durante algún tiempo. En el caso del corazón hasta una hora y media y en el caso del cerebro unos escasos minutos, tal y como ha establecido la moderna tanatología. El tránsito entre la vida y la muerte de nuestro cuerpo en realidad se prolonga durante mucho tiempo.

Entonces, ¿Cuándo morimos nosotros? ¿Cuándo muere nuestro yo, aquello que consideramos nuestra identidad? Hoy en día sabemos que la consciencia,

nuestro sentido de la identidad, parece cuando el cerebro, y más concretamente nuestro sistema nervioso central, deja de funcionar. Cuando nuestro cuerpo deja de realizar las funciones de riego sanguíneo, nuestro equilibrio homeostático queda gravemente amenazado. En tres o cuatro minutos, esa falta de riego ya ha afectado a la recuperación de la consciencia. Nuestro cerebro es extremadamente sensible a la falta de oxígeno, y algunas de sus zonas ya quedan seriamente afectadas. Las células nerviosas no pueden regenerarse, como las de otras partes de nuestro cuerpo. Cualquier destrucción en nuestro tejido cerebral actualmente es incapaz de regenerarse. En un determinado momento, que puede registrarse mediante el electroencefalograma, los signos de que se ha producido una muerte cerebral son constatables, y con lo que hoy sabemos, podemos establecer que se ha producido la muerte de nuestra consciencia. Aun cuando, nuestro ser orgánico pueda seguir vivo, lo que se llama científicamente síndrome apálico, o lo que conocemos vulgarmente como estado vegetativo.

Según el conocimiento establecido morimos cuando nuestro sistema nervioso central deja de funcionar, aun cuando el tronco encefálico siga realizando algunas de las funciones básicas que nos permiten respirar y hasta emitir algún sonido. Ya no somos nosotros. El ser biológico que somos evidencia su definitiva superioridad sobre el posible ser espiritual. Nos impone nuestro caparazón y finalmente morimos.

A veces, aun cuando el cuerpo que habitábamos siga funcionando.

Debemos preguntarnos, por tanto, en esos casos dramáticos, qué quiere decir “muerte”. Las personas en estado vegetativo tras un accidente, ¿han perdido la consciencia? ¿Están muertas? Aun cuando su cuerpo no haya dejado de funcionar, de respirar, de realizar las funciones biológicas básicas. ¿Qué estado define esa vigilia permanente en la que se encuentran? ¿Ese letargo indefinido, qué clase de vida es? ¿Se trata, cómo en el cuento de Blancanieves, de esperar que un príncipe nos despierte?

Y por el contrario, ¿qué queda de nosotros cuando morimos? ¿Es posible que aunque nuestro ser biológico perezca, nosotros podamos seguir teniendo percepciones, podamos ver o seguir teniendo experiencias que suponen vivir más allá de nuestro cuerpo, de nuestro continente?

Las experiencias de más allá de la vida, que tantas personas han explicado y afirman haber experimentado: la luz al final del túnel, percepciones extracorporales que nos permiten vernos a nosotros mismos fuera de nuestro cuerpo ¿Pueden suponer una evidencia al respecto de no hallarnos sometidos a una mera existencia biológica, física? ¿Somos seres duales biológicos y espirituales que evolucionamos desde un ser orgánico hacia otro ser de carácter sólo espiritual, extrafísico? ¿Nuestra carcasa biológico-

orgánica puede desprenderse de nosotros y podemos seguir manteniendo algo parecido a nuestra identidad?

Nuestro yo encadenado a un cuerpo es una dualidad que percibimos como una especie de condena. Y la explicación es bien sencilla. Simplemente no queremos morir. Siempre pensamos que la muerte es cosa de los otros. De no existir un vínculo emocional con quien ha muerto, tendemos a no asociar el cuerpo ya fallecido a una identidad semejante a la nuestra.

No queremos morir aun cuando no nos percibimos como inmortales. En realidad, durante una parte de nuestras vidas tal vez creamos serlo, pero a medida que la edad avanza, la imagen de nuestra decadencia nos hace percibir mucho más que existe un límite infranqueable para nuestro tiempo; en palabras de M. Heidegger, *somos seres para la muerte*. Nos resistimos a aceptarlo aunque sabemos que la experiencia de la muerte, junto a la del nacimiento, son las más comunes para los seres humanos. Todo parece tener un principio y un final, los seres vivos, los procesos evolutivos, el propio universo

En un mundo físico y material, la idea de Inmortalidad no nos resulta tan atractiva, como tampoco ese cielo eterno que nos figuran algunas religiones. Nuestra inmortalidad tal vez sea aquella referida no tanto a nuestro ser individual, sino la que nos aproxima a una inmortalidad

transferida a aquellos que nos sobreviven, nuestros herederos a nivel de especie, las siguientes generaciones.

Pero definitivamente deseamos vivir, tal vez no para siempre, pues la medida de esa circunstancia no nos resulta asumible en nuestra condición de mortales, de seres vinculados a una identidad temporal, pero sí deseamos vivir más tiempo, más años, siempre y cuando esa existencia esté asociada a unas condiciones de vida aceptables, que mantenga nuestra dignidad.

Intentando responder a este anhelo legítimo, en la actualidad la ciencia pone al alcance de aquellos que económicamente puedan permitírselo y lo deseen, innumerables procesos y tratamientos para prolongar y mejorar las condiciones de vida. Desde simples tratamientos de belleza hasta trasplantes de órganos. Desde pequeños implantes de cabello a la criogenia y, de modo cada vez más alarmante, la modificación genética. Tal y como dice William Gibson, *“el futuro ya está aquí pero no está repartido equitativamente”*. La desigualdad social y económica no es ajena al progreso de la ciencia y a la dirección que está tomando toda la tecnología orientada a la prolongación de la vida.

Jean-Daniel Rainhorn, médico especialista en salud internacional, advierte de una incipiente esclavitud asociada a la pobreza relacionada con los nuevos mercados biotecnológicos aplicados a la medicina:

biobancos (embriones, etcétera), vientres de alquiler y compraventa de partes del cuerpo humano que requieren la participación de especialistas médicos, acuñando el termino de *Medicina Canibal*. La inmensa mayoría de personas que ceden sus órganos, sus úteros, son las personas pobres. En India el 83% de las personas a las que les han extirpado un órgano son mujeres, las más pobres entre los pobres. Miles de millones de dólares costean un negocio cada vez más cruel que comercia con la pobreza extrema en Siria, en Pakistán y en los campos de refugiados para proveer los mercados de órganos, embriones o tejidos humanos de todo tipo.

El Proyecto Reanima, impulsado por la empresa de EEUU Bioquark prevé intentar la reanimación de personas declaradas clínicamente muertas (como decía antes sin actividad en el sistema nervioso central) pero conectadas a aparatos de soporte vital. Ha obtenido el permiso del gobierno Indio para realizar una primera experiencia en el Hospital Anupam, con veinte pacientes.

Pero tal vez la manifestación más paradigmática de esta relación de intereses económicos e investigación científica en estos campos sea la Universidad Singularity. Auspiciada por el gran grupo económico que se mueve en el entorno de la empresa Google y que tiene en los profesores Ray Kurzweil, y Jose Luis Cordeiro a los máximos divulgadores de una inminente revolución biotecnológica

que nos acercará a la victoria contra la muerte y el envejecimiento: definidas como enfermedades a derrotar merced a la nanotecnología, el desarrollo de las capacidades de nuestro cerebro y un mundo sin trabajo dónde las máquinas nos servirán para facilitar nuestro desarrollo personal. Una inmortalidad en 3D, tal y como la define irónicamente el brillante escritor americano Don DeLillo, que acabará con las religiones.

Esta Arcadia biotecnológica estará al alcance de todas las personas, pues la tecnología será cada vez más barata y accesible, declaraba J.L. Cordeiro en la sede de la Fundación Rafael Del Pino, cuya sede alberga un edificio emblemático del Paseo de la Castellana, propiedad de la familia Del Pino, fundadora entre otras empresas de Ferrovial, y que dedica sus esfuerzos a la formación de nuevos líderes. Un mundo al alcance de todos sin muerte ni enfermedades, en el que no se habla de superpoblación, ni de conflictos medioambientales, ni de desigualdades sociales, donde reina la ciencia, el advenimiento del cual se producirá en las próximas décadas.

Recuerdo que cuando era niño me impactó profundamente una película que transcurría en un lugar montañoso y poblado por personas de rasgos orientales, adonde llegaban unos occidentales para descubrir que no envejecían con el paso del tiempo. He tenido que buscar el título de ese filme: *Horizontes Perdidos* de Frank Capra (1937) No está considerada

una de sus mejores obras, pero creo que resume nuestra visión sobre ese deseo de prolongar nuestra existencia, que se repite en la cultura popular a lo largo del tiempo; la búsqueda del Grial, la de la Fuente de la Eterna Juventud que ya refería Herodoto, Indiana Jones y la última Cruzada.

Tal vez debamos esperar un poco más para presenciar todos esos supuestos milagros. Es muy posible que muramos un poco más viejos que las generaciones anteriores, pero creo que moriremos irremisiblemente, y aunque la experiencia de la muerte nos sea común en cada caso se nos antoja como una profunda traición a nuestra vocación de transcendencia, a nuestro deseo de dejar huella.

La pregunta repetida hasta el cansancio de qué habrá después de la muerte, permanece sin respuesta para aquellos sin una creencia religiosa que los ampare. Nuestra última frontera como seres humanos sigue siendo infranqueable, aunque quien sabe si por poco tiempo.